

CAPÍTULO 14

Acerca del materialismo y el inmaterialismo modernos: una disputa desde Descartes a Berkeley¹²²

Juan Pablo Moreno

Introducción

Es indudable que el pensamiento de René Descartes ha sido sumamente influyente en el periodo de la modernidad. De entre todos los debates abiertos por este autor francés, la querella sobre la dualidad mente/cuerpo o espíritu/materia ha logrado que los filósofos posteriores tuvieran que fundamentar su posición con respecto a la existencia de la o las sustancias que conforman la realidad posible de ser conocida, si querían introducirse en la gnoseología moderna. En este sentido, los filósofos que concibieron la posibilidad de tener un conocimiento seguro sobre los objetos del mundo físico les abrieron paso a las corrientes materialistas modernas que comenzaron a establecerse a partir del siglo XVII.

En este contexto se enmarca la filosofía de George Berkeley (1685-1753), un obispo de la Iglesia anglicana firmemente comprometido con no darle lugar ni al ateísmo ni al escepticismo en sus respuestas y propuestas filosóficas. Ante esto, la salida que Berkeley encuentra al desafío legado por Descartes lo llevó a considerar una solución que consistía en eliminar la sustancia material y quedarse únicamente con la inmaterial a partir del desarrollo y fundamentación de algunos principios de su filosofía que veremos en detalle, como el famoso *esse est percipi* (ser es ser percibido) o el *principio de semejanza*.

Me propongo en este trabajo, entonces, tres objetivos: en primer lugar dejar clara la influencia que tuvo Descartes en el desarrollo de las propuestas gnoseológicas posteriores; en segundo lugar, mostrar cuál es la relación que Berkeley cree que existe entre escepticismo, materialismo y ateísmo para formular una teoría del conocimiento que dé respuesta al problema abierto por Descartes; y, por último, afirmar que su teoría inmaterialista del conocimiento fue una propuesta que estuvo fuertemente motivada por cuestiones religiosas más que gnoseológicas.

¹²² Una primera versión de este trabajo fue presentada en las *XII Jornadas de Investigación en Filosofía* (La Plata, 6-9 de agosto de 2019) bajo el título "La respuesta de George Berkeley al dualismo cartesiano: la relación entre materialismo, escepticismo y ateísmo a partir del principio de semejanza".

Dualismo cartesiano, materialismo e inmaterialismo

Para quienes se hayan dedicado en algún momento al estudio de la filosofía moderna es algo claro y distinto que el pensamiento de Descartes ha influido cabalmente en los pensadores posteriores. Leer a los filósofos de la modernidad sin percibir esa huella cartesiana es algo difícil de realizar, no solo por su importancia canónica a lo largo de las reconstrucciones históricas de la filosofía, sino por su real influencia. Más aún, incluso es válida la afirmación de que muchos autores le deben a Descartes sus principales incitaciones filosóficas; quizás por todo esto y mucho más este autor sea comúnmente considerado el padre de la filosofía moderna.

Sin embargo, en este trabajo me concentraré en una de sus tantas líneas de influencia, dejando de lado algunos temas clásicos del legado cartesiano¹²³, como el método, su idea de Dios o la justificación de la ciencia, etc. Quiero que le dediquemos un momento de reflexión a aquellos problemas que se originan a partir del dualismo mente/cuerpo o espíritu/materia¹²⁴, una concepción que vamos a interpretar como una gran incitación filosófica para Berkeley. Repasemos primero, de manera muy breve, de dónde surge esta idea del dualismo en *Meditaciones Metafísicas*.

Su sexta y última meditación se titula “De la existencia de las cosas materiales y de la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre”, cuyo objetivo principal es examinar si existen cosas materiales, es decir, si se puede demostrar a partir del criterio de claridad y distinción que hay otra sustancia además de la pensante infinita (Dios) y la pensante finita (los distintos yos). En otras palabras, si es posible demostrar la existencia de la *res extensa* (cosa extensa o cosa material) además de la existencia de la *res cogitans* (cosa pensante), ya demostrada en su segunda meditación.

Para no demorarme tanto en esto, explicitaré únicamente algunos puntos de la argumentación de Descartes que me serán útiles más adelante. Según este autor, ni las ideas que provienen de la imaginación ni aquellas que provienen de la sensación certifican sin dudas la existencia del mundo exterior, ya que muchas veces estas son oscuras y confusas. Por lo tanto, es necesario hallar algo claro y distinto que asegure su existencia para que podamos concluir que no estamos siendo engañados al momento de tener una percepción sensible de la sustancia material. Y, como dice Cottingham (1995, p. 125), “una vez que el meditador cartesiano se asegura de la existencia de un Dios benevolente, rápidamente puede concluir que un mundo externo existe”. Esto se debe a que percibo clara y distintamente que mis ideas de las cosas sensibles (o sustancias extensas) parecen venir de objetos corporales distintos de mí mismo, ya que es evidente que yo no soy la causa de esas ideas; y en esto “no veo cómo se podría excusar el engaño, si en efecto estas ideas partieran de otras cosas o fueran producidas por otras causas diferentes de las corporales; y, por consiguiente, es necesario concluir que existen cosas corporales” (Descartes, 1980, p. 278)

¹²³ Véase el [capítulo 7](#) de este libro.

¹²⁴ Véase el [capítulo 9](#).

En resumen, yo mismo no puedo ser causa de las ideas de cosas sensibles que no dependen de mi voluntad; sin embargo, como Dios es benevolente, no es posible que me engañe cada vez que veo a otro cuerpo, sino que lo percibo en una idea clara y distinta. Asimismo dado que Dios tampoco es la causa de mis ideas, entonces la sustancia material tiene que existir necesariamente y la realidad puede ser explicada a partir de un dualismo sustancial de *res cogitans* y *res extensa*.

Sin embargo, este planteo deja abiertos muchos problemas filosóficos que iban a ser motivo de numerosos debates, ya que explicar la realidad apelando a dos sustancias distintas trae consigo algunas preguntas adicionales difíciles de responder. Por ejemplo, ¿cómo se da la conexión entre ellas? ¿cuál de las dos es prioritaria a la hora de fundamentar el conocimiento? ¿cómo puede ser que dos naturalezas distintas y con atributos opuestos se afecten mutuamente?

A partir de Descartes, nos encontramos con que la filosofía moderna ha dedicado un gran número de textos a responder este tipo de preguntas surgidas de su dualismo. Así mismo, se ha ocupado de dichas cuestiones a partir de diversas motivaciones e intereses, ya sean antropológicos, epistemológicos¹²⁵, políticos o religiosos. Berkeley es autor de algunos de esos textos, y ve en el dualismo cartesiano la semilla de muchos males para “el estudio del saber y la verdad” (Berkeley, 1994, p. 13), sintiéndose así motivado a dar una respuesta definitiva a esta dificultad.

El problema de la relación entre la *res cogitans* y la *res extensa* que surge del dualismo cartesiano suscitó diferentes reacciones. De entre ellas, me interesa aquí señalar dos que son opuestas entre sí, a saber, el materialismo y el inmaterialismo. A grandes rasgos, dentro del periodo de la filosofía moderna, el materialismo que germinó a partir de Descartes se define por la concepción de que todo puede ser reducido a la materia como extensión, es decir, en su versión más técnica, como realidad espaciotemporal que carece de distinciones cualitativas y cuya esencia se expresa en un conjunto de propiedades geométrico-matemáticas (López Álvarez, 2003). Las corrientes materialistas a lo largo de la historia de la filosofía son muy diversas y heterogéneas, y no vamos ahora a detenernos en cada una. Basta con señalar dos grandes clases de materialismo, siguiendo la interpretación de Falk Wunderlinch (2016): el materialismo psicológico, que afirma que la materia, por sí misma, es capaz de pensar o, al menos, que todo fenómeno mental puede ser reducido o explicado mediante un fenómeno corporal; y el materialismo ontológico, que se basa en la idea de que todo lo que existe es necesariamente material.

Hecha esta introducción general, es preciso aclarar que, a diferencia de la clasificación mencionada, al interior del pensamiento de Berkeley, cualquier filosofía que postule la existencia real de sustancias materiales separadas e independientes sería considerada materialista; incluso si esta filosofía admitiera también la existencia de una sustancia inmaterial o espiritual. La posición de Berkeley nos muestra una concepción de materialismo en sentido amplio, en donde incluso un autor como Descartes sería considerado como un materialista, ya que supone la existencia de otra sustancia además de las espirituales. En este sentido, me parece importante señalar que

¹²⁵ Véase la entrada [Epistemología](#) en el [Glosario](#).

ciertas corrientes materialistas nacen con el fin de solucionar, mediante la vía de la reducción de lo espiritual a lo material, el problema de la relación entre la *res cogitans* y la *res extensa* que Descartes había dejado irresuelto.

Por su parte, el inmaterialismo sostiene que no existe tal cosa como la sustancia material o, dicho de otro modo, que solo poseen existencia real las entidades espirituales y que, nuevamente hablando con rigor, “los cuerpos no deben entenderse como cualidades inherentes en un substrato independiente y desprovisto de pensamiento, sino como una colección de ideas que dependen de la mente.”¹²⁶ (Raid, 2014, p. 119). El máximo —quizás el único— exponente de esta última corriente es Berkeley, en quien deseo detenerme.

Este autor irlandés se sitúa entre los más reconocidos del periodo moderno debido principalmente a su teoría inmaterialista, la cual afirma como únicamente existente a las entidades espirituales o incorpóreas. Estas entidades no solo se acotan a las almas humanas o a Dios, sino también a las ideas de todo tipo. Si queremos ponerle un rótulo a la filosofía de Berkeley podemos decir que se trata de un idealismo inmaterialista¹²⁷, pero para entender mejor esta denominación tenemos que saber que la idea principal de su teoría del conocimiento humano se basa en su famoso principio ontológico *esse est percipi*, es decir que la existencia de los objetos y seres que las filosofías materialistas (en el sentido amplio berkeleyano) consideraban como materiales no son más que ideas percibidas por una mente; o, en otras palabras, que nada puede existir sin ser percibido por alguien.

Este principio de Berkeley que podríamos traducir como “ser es ser percibido” está resumiendo varias ideas a través de las cuales este autor interpreta la realidad cognoscible. Vamos a enumerarlas con el fin de diferenciar claramente el materialismo del inmaterialismo y entender las cuestiones más fundamentales de estas teorías en la modernidad. En primer lugar, Berkeley está afirmando que el objeto del conocimiento humano son las ideas, ideas que, sin lugar a dudas, tienen que ser inmatrimales ya que cuando son percibidas existen dentro de una mente. Esta mente —a la que también llama *espíritu*, *alma* o *yo*— es la encargada de percibir las ideas y contenerlas. Además, es claro que una mente no es semejante a una idea ya que la primera es activa, al tener la capacidad de querer, imaginar o recordar, mientras la segunda es pasiva pudiendo únicamente ser percibida por una mente. Por lo tanto, si seguimos este argumento y acordamos con sus premisas, la conclusión que nos ofrece Berkeley es que la existencia de las ideas depende absolutamente de ser percibidas por una mente o, dicho de otro modo, su ser consiste en ser percibidas. Entonces cuando decimos que un objeto del mundo existe, lo que en realidad estamos diciendo es que mi mente está percibiendo en ese momento la idea de ese objeto.

¹²⁶ La traducción al castellano es mía.

¹²⁷ Dentro del canon clásico de la filosofía moderna, Berkeley ha sido históricamente considerado como un exponente del empirismo británico, una visión que personalmente discuto pero que no tiene relevancia en este texto. Véase el [capítulo 2](#) de este libro.

Ahora bien, una de las críticas que rápidamente podemos hacerle a una propuesta inmaterialista como la de Berkeley es que, en cada momento, la realidad depende de ser percibida por una mente o que, en cada instante, los objetos son creados o aniquilados según nuestra percepción. Esta objeción, que el mismo autor expone en su tratado (Berkeley, 1994, p. 81) es resuelta apelando a Dios; es decir que, si sostenemos el principio *esse est percipi*, aclara Berkeley, no nos estamos refiriendo a que una idea sea percibida por esta o aquella mente, sino por cualquier mente, sea esta finita o infinita. Por lo tanto si seguimos los principios hasta ahora mencionados nos encontramos con una realidad en donde los objetos del mundo son ideas que dependen de ser percibidas y que todo puede ser percibido por una mente infinita que es Dios; por lo tanto, cuando yo dejo de percibir una idea esta no es aniquilada y luego creada de nuevo al momento de la percepción, sino que un Dios infinitamente sabio, bueno y poderoso percibe a toda la naturaleza todo el tiempo.

Con esto podemos comprender que un sistema como el de Berkeley deba ser necesariamente teísta. Dios no es aquí un mero supuesto religioso, sino que tiene un objetivo fundamental que es ontológico dentro de la gnoseología inmaterialista, permitiendo que sus principios se sostengan sin entrar en contradicciones. Queda claro en este pasaje:

Tan cierto, pues, como que existe realmente el mundo sensible, es que hay un Espíritu infinito y omnipresente que los contiene y mantiene (...) ¿es que no hay diferencia entre decir hay Dios, luego percibe todas las cosas, y decir, las cosas sensibles existen realmente; y si existen realmente son percibidas necesariamente por una mente infinita; luego hay una mente infinita o Dios? (Berkeley, 1996, p. 83-84)

Con esto hemos aclarado que Dios, en el sistema berkeleyano, tiene la función de ser una mente infinita que percibe y genera todas las ideas que constituyen el mundo objetivo. Pero advertiremos que este supuesto puede verse no solo desde un interés gnoseológico, sino también desde un interés religioso.

Materialismo, escepticismo y ateísmo en Berkeley

Es importante que recordemos que Berkeley se enmarca en el duro contexto de hacer filosofía después de Descartes, por lo cual el problema del dualismo es algo que le interesa, no solo desde una perspectiva meramente gnoseológica como dijimos recién, sino también como una preocupación religiosa ya que este autor tiene una peculiaridad que aún no hemos mencionado: desde su juventud fue clérigo de la Iglesia anglicana y en su madurez llegó a recibir el título de Obispo; lo que me hace pensar que su interés en esta cuestión se debió principalmente a sus profundas creencias religiosas. Si lo pensamos desde esta perspectiva, es obvio que nuestro autor aceptará que existe una sustancia espiritual infinita que es Dios y, por lo tanto, la espiritual finita será aceptada como todo lo que existe en la realidad además de Dios, es decir mentes

humanas que perciben; pero la sustancia material será rechazada fuertemente por conducir, en palabras del mismo Berkeley, al escepticismo y al ateísmo. Entonces, visto así y llegando a la segunda cuestión que veremos en este texto, parece que se establece una relación entre materialismo, escepticismo y ateísmo. Esclarecer de qué manera se relacionan estos tres conceptos en el sistema berkeleyano es el objetivo que ahora me propongo.

Tan solo con prestarle atención a los títulos de sus obras podemos dilucidar que prácticamente todos los textos escritos por Berkeley tienen como objetivo “demostrar claramente la realidad y perfección del conocimiento humano” (Berkeley, 1996)¹²⁸ para acabar radicalmente y de una sola y única vez con el escepticismo y el ateísmo. Permítaseme insistir en este punto, Berkeley estaba convencido de que todo esto puede ser cumplido al mismo tiempo y de una sola vez; es decir, que es posible formular algunos principios que le sirvan para refutar tanto el escepticismo como el ateísmo. Él mismo dice: “Si los principios que aquí intento propagar se admiten como verdaderos, las consecuencias que creo que de forma manifiesta provienen de ello son que el *ateísmo* y el *escepticismo* quedarán completamente destruidos” (Berkeley, 1996, p. 41).

Ahora bien, este autor está convencido de que la creencia de que existe realmente una sustancia material independiente de nuestra percepción tal como la creencia en la *res extensa* introducida como evidente por Descartes y sostenida por las corrientes materialistas posteriores es lo que causa tanto daño en la filosofía y nos conduce sin remedio a un sinfín de paradojas, dificultades e inconsistencias. Como dice David Sobrevilla:

Nuestro autor combatía el materialismo porque creía que llevaba a la irreligiosidad y al escepticismo. (...) que la filosofía cartesiana tuvo una gran influencia sobre el materialismo se comprueba cuando posteriormente el más virulento de los materialistas franceses, De la Mettrie, se proclamaba cartesiano. (Sobrevilla, 1995, p. 340)

Por lo tanto, Berkeley atacará solo ese aspecto materialista del dualismo cartesiano conservando algunos aspectos de su filosofía. Es decir, no es que este autor vaya directamente contra Descartes y todo su sistema; en realidad el obispo parece seguir el mismo camino histórico que su predecesor francés en cuanto a formular una nueva teoría de la percepción. El planteo del problema es similar, y por eso un comentarista como Jorge Secada (2000) afirma que para comprender cabalmente a Berkeley hay que situarlo en el contexto de la filosofía cartesiana. Sin embargo, hay algo que los distingue fundamentalmente y que se vincula justamente con la cuestión de la existencia de la sustancia material, lo que tuvo como consecuencia el surgimiento de las posteriores corrientes materialistas que vieron en Descartes el puntapié inicial de sus desarrollos.

¹²⁸ Parte del título completo de los *Tres diálogos entre Hylas y Filonús*, el cual dice: *Cuya intención es demostrar claramente la realidad y perfección del conocimiento humano, la naturaleza incorpórea del alma, y la providencia inmediata de una Deidad, en oposición a escépticos y ateos; y también iniciar un método que convierta a las ciencias en más factibles, útiles y concisas.*

Llegados a este punto espero que estén conmigo en afirmar que dentro del sistema de Berkeley es el materialismo el que causa el escepticismo y el ateísmo, y en que esclarecer la relación que hay ente estos tres conceptos nos puede ayudar a comprender mejor esta filosofía inmaterialista que sostiene. La tesis que propongo defender es que desde la perspectiva berkeleyana la relación que existe entre los materialistas, los escépticos y los ateos es que todos ellos violan lo que suele conocerse como *principio de semejanza* propuesto por Berkeley en varios de sus escritos. Y de aquí en adelante me centraré en argumentar a favor de esto utilizando sobre todo los *Tres diálogos entre Hilas y Filonús* (1713).

En el marco de la filosofía de Berkeley el concepto *escepticismo* no es algo que pueda ser tomado a la ligera; la comprensión de este término tal como nuestro autor lo entiende es indispensable para reconstruir fielmente sus críticas e ideas. Sin embargo, esto no es algo sencillo debido a que no hay en sus textos una definición acabada de lo que quiere decir escepticismo; más bien hay algunos esbozos que pueden llegar a darnos algunas pistas.

Basándome en algunos acuerdos y desacuerdos que encontré entre los comentaristas de este autor, podría decir que el escepticismo surge cuando se violan o rechazan ciertos principios que guían el conocimiento humano o ciertas leyes del razonamiento, entre ellas, el *principio de semejanza*.

El principio de semejanza de Berkeley tiene como objetivo rechazar la idea de que existe una sustancia material no pensante semejante a nuestras ideas. Según él: “una idea no puede parecerse más que a otra idea (...) si escudriñamos un poco nuestros propios pensamientos, descubriremos que nos es imposible concebir semejanza alguna, como no sea semejanza entre nuestras propias ideas” (Berkeley, 1994, p. 59).

Ahora bien, los dualistas (que desde el punto de vista de nuestro autor, son materialistas) serían escépticos para Berkeley ya que violarían este *principio de semejanza* al afirmar que nuestras ideas son un reflejo o una copia de los objetos que existen en una sustancia material. Una teoría del conocimiento que admite el dualismo espíritu/materia asemeja una idea a una cosa material y supone la existencia de otra sustancia de la que no tenemos percepción; el mundo de las percepciones y el de los objetos materiales no coinciden para nuestro autor, y no hay ninguna forma de hacerlos coincidir sin entrar en una contradicción manifiesta con este principio.

Por lo tanto, todas las teorías que sostienen la existencia real de otra sustancia, además de las espirituales, admiten una premisa que no puede justificar el conocimiento: que las representaciones que se dan en nosotros son copias de una sustancia exterior. Sin embargo, nadie logró explicar cómo se asemeja una cosa con la otra. El problema que nuestro autor denuncia es “el de descubrir una conexión entre dos grupos totalmente dispares de fenómenos y de explicar la transición que la conciencia lleva a cabo entre ellos” (Cassirer, 1956, p. 244). En otras palabras, se refiere a ese problema que mencionábamos al inicio, abierto por Descartes, y que algunos filósofos materialistas modernos intentaron solucionar. La opción de Berkeley para enmendarlo es muy radical y consiste en eliminar esa fuente constante de errores para quedarse con la pura percepción de ideas en la mente.

El argumento que utiliza para demostrar la imposibilidad ontológica de que exista la materia, basado en el *principio de semejanza*, se puede reconstruir de la siguiente manera:

1. Una idea solo puede asemejarse a otra idea
2. Si una idea se asemeja a algo real, eso real sería perceptible o imperceptible
3. Si es perceptible, entonces lo real seguiría siendo una idea
4. Si no es perceptible, no podría haber semejanza entre la idea y la cosa real. (González, 2008).

Por lo tanto, ya desde el comienzo de la obra de los *Tres diálogos*, la relación entre materialismo y escepticismo aparece muy clara. Constantemente Filonús, el personaje que interpreta y representa la filosofía de Berkeley, insiste en sostener que la creencia en la sustancia material conduce al escepticismo; incluso todo el tiempo trata como escéptico a su interlocutor, Hylas. Para este autor parece claro que los escépticos son quienes suponen que existen cosas independientemente de que sean percibidas, esto lo podemos encontrar explícitamente en los *Comentarios filosóficos*, nota 606: “La suposición de que las cosas son distintas de las Ideas elimina toda Verdad real y en consecuencia introduce un Escepticismo Universal, puesto que la totalidad de nuestro conocimiento y contemplación se confina solo a nuestras Ideas” (Berkeley, 1989, p. 94). En síntesis, los escépticos son materialistas y violan el *principio de semejanza*. Con esto hemos encontrado la primera relación que buscábamos. Intentemos ahora comprender la relación que Berkeley establece entre el materialismo y el ateísmo.

El ateísmo, como la palabra lo indica, niega la existencia de Dios, o por lo menos de un dios que pueda relacionarse con la historia e intervenir en los acontecimientos humanos; cosa que, como ya sabemos, Berkeley atacará con rigor. Mi propuesta en lo que queda es demostrar que quienes abrazan el ateísmo también violan este *principio de semejanza*, concediéndole a Berkeley que su idea de acabar con el escepticismo y el ateísmo a la vez no era tan enrevesada al interior de su propia teoría inmaterialista.

A partir del mismo *principio de semejanza*, Berkeley argumentará para demostrar la existencia de Dios. Su premisa fundamental para esta demostración es la misma que Descartes había usado para argumentar a favor de la *res extensa*, a saber, que tenemos ideas que no dependen de nuestra voluntad. El argumento de Berkeley, presente en el segundo de sus *Tres diálogos* es el siguiente:

1. El mundo sensible es el que percibimos a través de nuestros sentidos
2. Nada es percibido por los sentidos aparte de ideas
3. Ninguna idea puede existir de otra manera que en la mente
- 4.1. Las ideas que no dependen de mi pensamiento deben existir en otro espíritu distinto (por el principio de semejanza es imposible que sean producto de cuerpos materiales)
- 4.2. Por lo tanto, es igualmente seguro que existe un mundo sensible y que hay un espíritu omnipresente e infinito que lo contiene y lo sostiene.

En otras palabras, “las cosas sensibles existen realmente; y, si existen realmente, son necesariamente percibidas por una mente infinita; por lo tanto hay una mente infinita o Dios” (Berkeley, 1996, p. 108)

Con esto podemos ver que el tratamiento que Descartes y Berkeley le dan al hecho de que tenemos en nosotros percepciones que son independientes de nuestra voluntad es radicalmente diferente en base a que Berkeley sostiene el *principio de semejanza* y no concebirá aceptar que algo que no es una idea pueda afectar a sus ideas.

En resumidas cuentas, para Berkeley, los ateos niegan la existencia de Dios negando así la única posibilidad de tener ideas más allá de su voluntad sin hacer la suposición de que existen cuerpos materiales; ellos también violan el *principio de semejanza* porque están obligados a aceptar el materialismo como explicación última de su percepción.

Por lo tanto, podemos concluir que para Berkeley materialistas, escépticos y ateos no son más que una misma cosa, todos ellos niegan el *principio de semejanza* creyendo que la sustancia material puede afectar a las ideas. Entonces, para nuestro autor construir una filosofía que a través de ciertos principios refute a alguna de esas tres corrientes, acabará por refutarlas a todas.

Las motivaciones filosóficas modernas

Hasta aquí he expuesto brevemente aquellas pruebas que sitúan a la filosofía de Berkeley en el marco de la discusión abierto por Descartes y su dualismo sustancial. Se pudo ver cómo los conceptos de escepticismo, materialismo y ateísmo están relacionados al interior de su sistema a partir del principio *esse est percipi* y el *principio de semejanza* y dilucidar algunos de sus argumentos que defienden esta relación. Sin embargo, no quiero terminar sin hacer una reflexión sobre las motivaciones y preocupaciones que llevaron a este filósofo moderno a desarrollar una de las teorías del conocimiento más complejas y antiintuitivas que haya existido.

En lo que vimos aquí sobre Berkeley, podemos afirmar que la preocupación religiosa dada por su condición de Obispo fue la que impulsó fuertemente su teoría inmaterialista, es decir que, reconociendo en el materialismo un peligroso contra argumento para su creencia teísta, optó por construir una gnoseología que sustentara sin fisuras su religión. Con esto me refiero a que, probablemente, la idea de un posible inmaterialismo no fue un punto de partida, sino una consecuencia de defender su creencia religiosa de las filosofías que consideraba peligrosas. Si esto es así, Berkeley aceptó poner toda su energía argumentativa en crear una teoría del conocimiento que, costara lo que costara, echara por tierra cualquier rasgo de ateísmo para poder así sostener y fundamentar sus creencias; incluso si eso implicaba acabar con la existencia de la sustancia material. En palabras de Berkeley:

Cuán gran amiga ha sido la sustancia material de los ateos de todas las épocas, es cosa que no necesita ser aquí narrada. Todos sus monstruosos sistemas tienen tan necesaria y visible dependencia de la noción de sustancia material, que cuando esta piedra angular sea al fin removida, toda la construcción habrá de venirse abajo, y no merecerá la pena detenerse en refutar por separados los absurdos de cada una de las sectas de ateos. (Berkeley, 1994, p. 113)

Posiblemente, aunque queda por fuera de los objetivos de este capítulo, sea interesante investigar y explicitar las motivaciones filosóficas que llevaron a las construcciones de las teorías del conocimiento modernas. Creo que toda la complejidad conceptual que está presente en ellas se debe a una cuestión de justificación de principios aceptados, principios que como en el caso de Berkeley pueden ser religiosos u ontológicos. Teniendo esto en cuenta podríamos hallar nuevas maneras de interpretar o clasificar los desarrollos de la gnoseología en la modernidad, interpretaciones que podían ir más allá de las reconstrucciones historiográficas clásicas¹²⁹. Por ejemplo, afirmar que el planteo de Berkeley tiene más que ver con una demostración de la existencia de Dios y de su influencia constante en los seres humanos para acabar con el ateísmo, que a su vez está estrictamente relacionado con el materialismo y con el escepticismo, nos mostraría un hilo del que tirar para superar los rótulos empirismo y racionalismo¹³⁰ con los que típicamente clasificamos la filosofía moderna. Este trabajo ha perseguido justamente eso a través de un caso particular de la disputa entre el materialismo y el inmaterialismo.

Referencias

Fuentes primarias

- Berkeley, G. (1989). [1707-1708]. *Comentarios filosóficos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Berkeley, G. (1994). [1710]. *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Barcelona: Altaya.
- Berkeley, G. (1996). [1713]. *Tres diálogos entre Hylas y Filonus*. Madrid: Espasa Calpe.
- Descartes, R. (1980) [1641]. *Meditaciones metafísicas*. En R. Descartes, *Obras escogidas* (pp. 201-289). Buenos Aires: Editorial Charcas.

Fuentes secundarias

- Cassirer, E. (1956). *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cottingham, J. (1995). *Descartes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ferrater Mora, J. (1971). *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González, J. L. (2008). Análisis de la respuesta antiescéptica de Berkeley: del conocimiento y el sentido común. *Saga. Revista de estudiantes de filosofía*, 9(18), 27-41. Disponible en <https://revistas.unal.edu.co/index.php/saga/article/view/15100>

¹²⁹ Véase el [capítulo 1](#) de este libro.

¹³⁰ Véase el [capítulo 2](#) de este libro.

- López Álvarez, P. (2003). Materialismo. En *Diccionario Espasa de Filosofía* (pp. 568-576). Madrid: Espasa-Calpe.
- Pappas, G. (1999). Berkeley and Scepticism. *Philosophy and Phenomenological Research*, 59(1), 133-149.
- Popkin, R. H. (1951). Berkeley and Pyrrhonism. *The Review of Metaphysics*, 5(2), 223-246. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/20123258>
- Raid, J. (2014). Immaterialism. En A. Garrett, *The Routledge Companion to Eighteenth Century Philosophy* (pp. 119-142). Oxon: Routledge.
- Secada Koechlin, J. (2000). Berkeley y el idealismo. En J. Echeverría (Ed.), *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía. Del Renacimiento a la Ilustración II* (pp. 197-233). Madrid: Trotta.
- Sobrevilla, D. (1995). El idealismo de Berkeley. *Areté*, 7(2), 331-352. Disponible en <http://revis-tas.pucp.edu.pe/index.php/arete/article/view/5175>
- Wunderlinch, F. (2016). Varieties of Early Modern Materialism. *British Journal for History of Philosophy*, 24(5), 797-813.